

**CRÓNICA DE UN TRISTE ANIVERSARIO:
EL INCENDIO DEL TEMPLO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN SANTIAGO DE
CHILE Y LA MUERTE DE DOS MIL MUJERES*¹**

**CHRONICLE OF A SAD ANNIVERSARY:
THE FIRE OF THE TEMPLE OF JESUS COMPANY IN SANTIAGO OF CHILI AND THE
DEATH OF TWO THOUSAND WOMEN**

Alfredo Palacios Roa²
alfrepalacios@hotmail.com
Universidad SEK
Santiago de Chile

RESUMEN

Se evoca un olvidado drama patrio que acabó con la vida de dos mil mujeres el 8 de diciembre de 1863 en la iglesia de la Compañía de Jesús en la ciudad de Santiago de Chile. El motivo de rescatar esta crónica es que el pasado año de 2013 se cumplieron 150 años de la catástrofe y través de estas páginas queremos explicar el motivo de la tragedia y las consecuencias de un hecho aciago que en su momento marcó profundamente a la sociedad chilena y que hoy se encuentra olvidado en los anaqueles de nuestra historia.

Palabras claves: Chile, Incendio, Catástrofe, Compañía de Jesús, Religiosidad.

ABSTRACT

This article remembers a forgotten national drama that ended with the life of two thousand women on December 8th, 1863 in the church of Jesus Company in the city of Santiago de Chile. The reason to rescue this chronicle is that the past year of 2013 was the 150th anniversary of the catastrophe and through these pages we would like to explain the motive of the tragedy and the consequences of a sad fact that in its moment marked deeply the Chilean society, today almost forgotten on the shelves of our history.

Keywords: Chile, Fire, Catastrophe, Company of Jesus, Religiosity.

Palabras Previas

El 8 de diciembre de 2013 se cumplirán 150 años de uno de los acontecimientos más nefastos de toda la historia de Chile y una de las tragedias más conocidas en su momento por los católicos de todo el orbe. Nos referimos al voraz incendio que consumió el templo de la Compañía de Jesús en Santiago y arrebató la vida a cerca de dos mil fieles que ese día se dieron cita en aquel recinto para participar en la ceremonia de clausura del Mes de María. Con todo, y a pesar de la conmoción pública que provocó la tragedia y el revuelo mediático que causó en su momento, las autoridades políticas y religiosas de esta ciudad poco o nada hicieron

* Artículo recibido el 01 de octubre de 2013, aceptado el 04 de diciembre de 2013.

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación doctoral del autor.

² Profesor de la Universidad SEK. Estudiante del Doctorado en Historia de América, Departamento de Historia de América, Universidad de Sevilla, España.

en recuerdo de dicha catástrofe y de sus numerosas víctimas. Por lo mismo, a través de estas páginas queremos regresar al pasado y evocar un “drama patrio” con el fin de rescatar y valorar la memoria histórica de un hecho que no solo enlutó a Chile, sino que también dejó una honda huella de pesar en todo el mundo.

I. El «embrujo» que dominó la casa de los jesuitas en Santiago de Chile hasta su desaparición

Ubicado en la intersección de las actuales calle Bandera y Compañía, a metros de la otrora plaza mayor de Santiago, el templo de los jesuitas desde sus primeros tiempos pareció estar dominado por una suerte de embrujo. Según la leyenda, el hechizo que rodeó a la casa de los hijos de San Ignacio comenzó a los pocos meses de haberse verificado el establecimiento de la orden en la capital del reino de Chile, hecho ocurrido el 12 de abril de 1593.³ Decimos esto porque, cuando se levantó la primera capilla que albergó a los religiosos, éstos depositaron en su interior “un gran relicario hecho de plata”⁴ que contenía la cabeza de una de las once mil vírgenes de Colonia. Fatídica ofrenda, ya que la colocación de aquella reliquia se realizó el día 21 de octubre, día de santa Úrsula que rememora a la mártir sacrificada por los hunos junto a sus compañeras cristianas.⁵ Ciertamente, a partir de esa fecha, todo comenzó a tener un símil dramático en el edificio de los jesuitas, especialmente luego de la ocurrencia de tres grandes terremotos durante la época colonial (en 1647, 1730 y 1751) y un ataque incendiario en mayo de 1841⁶.

1) El fin del “hechizado” templo y la última comunión de las “Hijas de María”

Diecisiete años transcurrieron desde la reinauguración del templo⁷ hasta que el día martes 8 de diciembre de 1863, sin motivo ni causa aparente, el “embrujo” edificio se convirtió en el teatro de un macabro espectáculo de fuego que acabó con la vida de más de dos mil fieles, en su gran mayoría mujeres, que ese día se dieron cita en él para participar en la ceremonia de clausura del mes de María.⁸ Según diversos reportes y testimonios, en la mañana de ese funesto día

³ Walter Hanisch, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile: (1593-1955)*, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1974, 8.

⁴ Alonso de Ovalle, *Histórica relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que exercita en el la Compañía de Jesús*, Roma, Francisco Cavallo, 1646, 338.

⁵ Según la tradición medieval, una joven bretona llamada Úrsula se convirtió al cristianismo prometiendo guardar su virginidad. Al ser pretendida por un alto personaje de su reino, decidió realizar una peregrinación a Roma y así lograr la consagración de sus votos. A su regreso fue sorprendida por los hunos en la ciudad de Colonia donde ella, y las otras doncellas que la acompañaban, fueron martirizadas por negarse a satisfacer los deseos sexuales de los bárbaros, véase: Jaime Ferreiro, *La leyenda de las once mil vírgenes. Sus reliquias, culto e iconografía*, Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1991, 241.

⁶ Fueron muchas las teorías que se esgrimieron para explicar el origen de aquel siniestro; no obstante, la idea que predominó, aunque no se pudo comprobar ni menos encontrar a los presuntos responsables, fue aquella que decía que fue una mano sacrílega y criminal la que había originado la tragedia. Mariano Casanova, *Historia del templo de Compañía de Santiago de Chile y de su incendio acaecido el 8 de diciembre de 1863*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio de Tornero y Letelier, 1871, 27.

⁷ El restaurado templo, que importó la suma de cien mil pesos, abrió sus puertas el domingo 4 de abril de 1847 y tras una solemne homilía los fieles volvieron a repletarlo como antaño. Rodolfo Vergara, *Vida i obras del ilustrísimo i reverendísimo señor doctor don Rafael Valentín Valdivieso, segundo arzobispo de Santiago de Chile*, Santiago, Imprenta y Encuadernación Chilena de Nicasio Ezquerro, 1906, tomo II, 239.

⁸ El mes de María, celebrado en el continente europeo en mayo, se conmemoró por primera vez en Chile en 1853 en el Seminario Conciliar por iniciativa de monseñor Joaquín Larraín Gandarillas quien, al año siguiente, trasladó dicha festividad al día 8 del mes de noviembre para que se celebrara con flores frescas de primavera y su clausura coincidirá con la fiesta de la Inmaculada Concepción. Sol Serrano, “El poder de

martes se celebró la comunión general de las hijas de María (nombre con el cual se autodenominaron las integrantes de Archicofradía del Inmaculado Corazón en la iglesia de la Compañía por sostener el culto de la Santísima Virgen), convocando a más de tres mil mujeres en el sagrado recinto.⁹ Ahora bien, al concluir la masiva celebración se dio a conocer un hecho que a esa hora del día resultó anecdótico, pero para los supersticiosos, resultó premonitorio; y es que al concluir aquella eucaristía, las cofrades repartieron entre sus familiares y asistentes, al igual que en los años anteriores, estampitas de la virgen con versos y leyendas conmemorativas, y aquellas esquelas, en vez de decir, como fue la costumbre, “recuerdo de la quinta comunión”, rezaban lo siguiente: “recuerdo de la última comunión general de las hijas de María en el año de 1863”.¹⁰ El destacado pintor Ramón Subercaseaux, que siendo un niño conoció de cerca los preparativos de aquel día, nos relató así el escenario donde se consumaría la catástrofe:

“En los días de novena había yo estado en la iglesia [...] el altar mayor era hasta la misma bóveda del edificio, un monumento de velas y flores, que cubrían las columnas y demás miembros del mismo altar. Una cantidad de arañas de diferentes portes colgaban en disposiciones de simetrías aumentando por los aires el número incalculable de las luces colocadas sobre candelabros. Cortinajes con orladuras de oropel adornaban las cornisas de todo el templo, cuyas líneas generales eran acentuadas por nueve filas de velas encendidas que seguían al mismo tiempo los arcos de las naves y el círculo desde donde se levantaba la cúpula. Las llamas del gas, más vivas y claras que las de las velas y los cirios, habían sido dispuestas en media luna bajo la imagen de la Purísima en el centro de aquella apoteosis.”¹¹

Paradójicamente, la iglesia de los jesuitas resplandecía cada noche “como una inmensa hoguera”¹² por lo que era preciso comenzar a encender la luminaria a media tarde para dar inicio con toda la solemnidad requerida a la misa principal. Ahora, si bien el acto litúrgico central estaba programado para las ocho de la noche, a eso de las tres de la tarde “aquello estaba lleno de mujeres de mujeres en manto para quedar primera en la entrada”.¹³ Es por ello que, cuando a las cinco de la tarde se abrieron las puertas del templo, la multitud se abalanzó e inmediatamente colmó el recinto. De esta manera, una hora antes de la ansiada celebración, el templo se encontraba atestado. Basta con señalar que en aquel lugar “donde con dificultad cabían tres mil personas”¹⁴ bien pudieron ingresar unas “cinco mil”.¹⁵ Importa decir que contribuyó a repletar el espacio, y a obstaculizar la salida, las crinolinas y los tapetes de las mujeres, puesto que como entonces no habían asientos para las mujeres en ninguna iglesia “nosotras teníamos que llevar una pequeña alfombra para sentarnos en ella, y no sufrir con el frío de los ladrillos”.¹⁶ Pues bien, cuando se advirtió que era imposible que dentro de las paredes del templo cupiera una sola alma más, el capellán dio la orden de encender las más de

la obediencia: religiosas modernas en la sociedad chilena del siglo XIX”, en Pilar Gonzalbo (coordinadora), *Las mujeres en la construcción de las sociedades iberoamericana*, Sevilla, CSIC, 2004, 304.

⁹ Abdón Cifuentes, *Memorias*, Santiago, Editorial Nascimento, 1936, tomo I, 83.

¹⁰ Benjamín Vicuña Mackenna, *Relación del incendio de la Compañía acaecido el 8 de diciembre de 1863*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1864, 63.

¹¹ Ramón Subercaseaux, *Memorias de cincuenta años*, Santiago, Imprenta y Litografía Barcelona, 1908, 65.

¹² León Carbonero, “Espantosa catástrofe”, en *La Cruz, revista religiosa de España y demás países católicos*, n.º 1, Madrid, 1864, 138.

¹³ Subercaseaux, *Op. Cit.*, 65.

¹⁴ Hernán Godoy, *Ignacio Domeyko, un testigo de su tiempo: memorias y correspondencia*, Santiago, Editorial Universitaria, 1994, 306.

¹⁵ Casanova, *op. cit.*, 37.

¹⁶ Martina Barros, *Recuerdos de mi vida*, Santiago, Editorial Orbe, 1942, 79.

siete mil luces que aquella noche iluminarían en recinto.¹⁷ La prolongada acción le dio un aspecto sublime al templo. El siguiente relato ilustra detalladamente la fluorescencia que se alcanzó al interior de aquel recinto:

“Un cordón de luz recorría toda la cornisa superior de la nave y formaba bajo su cúpula caprichosos emblemas. La iglesia se iluminaba con cera, estearina y parafina. La araña del medio del crucero tenía ochenta luces de estearina y dieciséis lámparas de parafina. En cada arco de la nave principal había una araña de ocho velas y cuatro lámparas. Al pie del tabernáculo se había colocado pocos días antes una media luna como de tres metros de largo, formada por el lado visible con vidrio pavonado y con lata por el reverso. Contenía vasitos de cristal con parafina en número de cincuenta, tapadas con lata. Esta media luna se colocaba un metro 20 centímetros distantes del tabernáculo y un metro 70 centímetros del altar en una mesa especial sobre la cual descansaba el poste redondo que servía de pie. Las luces de la cornisa de la iglesia eran de estearina. Cada vela era colocada en una plancha de lata y cubierta con un globo de cristal de color”.¹⁸

Como se advierte en esta última descripción, eran elementos altamente inflamables los que llenaban de luz el sagrado recinto; por eso, y aunque nunca se pudieron esclarecer las causas reales del fuego, cuando uno de los presbíteros allegó la mecha para iluminar la media luna que tenía en sus pies la imagen de la Virgen aquí representada como la Inmaculada Concepción, uno de los quemadores expulsó una larga llama que inflamó unas cortinas que se hallaban “a más de cuatro pies de altura”.¹⁹ La flama, que rápidamente se propagó por las cintas y guirnaldas, entró en contacto con la bóveda la que, por ser construida de madera y no de ladrillos “a causa de los temblores”²⁰ como bien advirtió un testigo, ardió con gran voracidad.

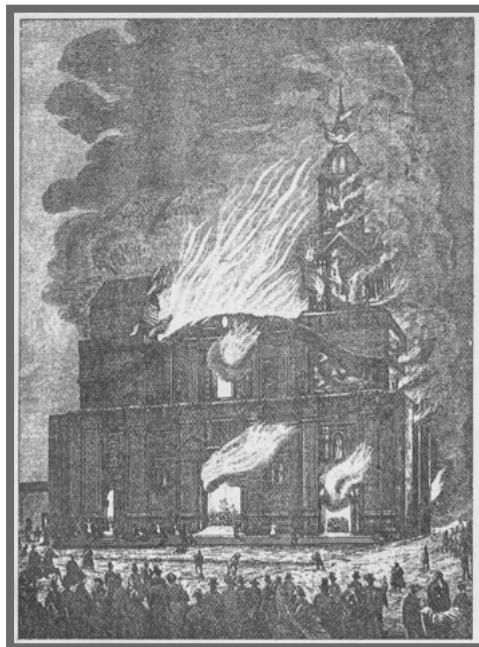
¹⁷ *El Ferrocarril* (Santiago), 9 de diciembre de 1863.

¹⁸ Vergara, *op. cit.*, 239.

¹⁹ Nicasio Ezquerro, *Resumen histórico del gran incendio de la Compañía*, Valparaíso, Imprenta de Chile de Antonio Monticelli, 1863, 8.

²⁰ Godoy, *op. cit.*, 306.

Figura n.º 1: Litografía del incendio de la iglesia de la Compañía. Fuente: Daniel Riquelme, *El incendio de la Iglesia de la Compañía*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893, 1.



Todo parece indicar que gran parte de la concurrencia, especialmente aquella que estaba bien posicionada al interior del templo, no pretendió abandonar sus lugares pensando que la llamarada se extinguiría en el acto. Sin embargo, cuando el fuego abrazó el cielo raso de la iglesia, la multitud se arrojó hacia las distintas salidas. Los primeros en escapar fueron los hombres que llenaban el presbitero y estaban separados por una reja del resto de los concursos; otros tantos, lo pudieron hacer por la puerta de la sacristía. Las otras puertas se obstruyeron. El poeta Juan Rafael Allende, que tenía 15 años cuando se desencadenó el incendio,²¹ fue uno de los pocos afortunados que pudo encontrar la salida, años más tarde narró así este angustiante momento:

“En esta tribulación,
ninguno da con las puertas,
aunque están todas abiertas,
Para encontrar la salvación.
Todo es llanto y turbación.”²²

En este mismo contexto, el arzobispo de Santiago Rafael Valentín Valdivieso –que según testigos fue contenido por varios hombres para que no entrara en esa hoguera–, indicó que:

“La misma multitud introdujo el desorden, luego se atascaron las salidas y ya no fue posible dar auxilio a los que venían detrás. Todas las puertas estaban abiertas, se hacían los mejores esfuerzos para salvar vidas; todo era en vano

²¹ Arturo Blanco, “Juan Rafael Allende”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n.º. 55, Santiago, 1935, 171.

²² Juan Rafael Allende, *Poesías populares de "El Pequeño"*, Santiago, Imprenta de Meza hnos., 1911, tomo I, 28.

por que la masa de gente era tan compacta que más bien se conseguían sacar miembros a pedazos que aflojar aquel muro de cuerpos asfixiados”.²³

En consecuencia, los abultados vestidos de las mujeres, los tapetes y el desnivel del pavimento contribuyeron a que las hijas de María y otras tantas fieles, al intentar buscar la salida se enredasen una contra otras armando “una muralla humana”²⁴ que en breves minutos se convirtió en “una masa informe de cadáveres que constaba de 5 a 7 capas desde el suelo a la parte superior”.²⁵ En tanto, las llamas hicieron que desde la techumbre se desprendieran cientos de tizones inflamados que, al caer y entrar en contacto con el combustible de las lámparas, contribuyeron a lanzar ardientes chorros de parafina a los vestidos de las mujeres, los cuales, por su inflamable composición, ardían de forma instantánea. En efecto, en uno de los tantos partes oficiales, se pudo leer lo siguiente:

“Cuando las llamas se comunicaron a toda la iglesia y principió el incendio de los vestidos, cuyas quemaduras se consideran peores a las producidas por el agua caliente, o por el aceite hirviendo, los sufrimientos, gritos y lamentos se dejaban oír a bastante distancia”.²⁶

Por otra parte, el humo rápidamente se comenzó a apoderar de todo el local, dificultando la respiración de aquellas mujeres que aún permanecían con vida. De esta manera, a las que aún les quedaba aliento, lanzaban alaridos desesperados pidiendo auxilio; otras en cambio, resignadas a su fatal destino, “se arrodillaban al pie de los altares o junto al muro”,²⁷ y en esta actitud aguardaron la consumación de su destino. Así, quien no murió carbonizada, murió asfixiada o aplastada. En este punto los relatos son precisos y espeluznantes, y se complementan con las escenas descritas por aquellas personas que, entre el delirio y la esperanza, corrieron hacia el templo en busca de sus familiares sin imaginar que la enorme hoguera que iluminaba la noche santiaguina era alimentada por sus propios seres queridos. Basta con indicar que solo treinta minutos habían transcurrido desde que se declaró el fuego para que las llamas cubrieran toda la extensión del templo y alcanzaran la altura necesaria para abrazar la torre y el campanario. Aquella elevación, por ser de madera, ardió en el acto y se desplomó, lo mismo hicieron los bronces que tañeron por última vez “sepultando en sus escombros lo que el fuego perdonó”.²⁸ Acto seguido, un silencio sepulcral invadió el centro de la ciudad, sentenciado el fin de la conflagración y los sufrimientos de todos los concursos. El reloj marcó las ocho de la noche y todos los campanarios de la ciudad comenzaron a doblar a muerto.

2. El día después y la demolición del templo

Al día siguiente la tragedia continuaba, pero esta vez el escenario era distinto. Los gritos y gemidos de las víctimas hoy eran reemplazados por el llanto y la desolación de todo un pueblo que no aún no dimensionaba ni comprendía lo que había obrado en el templo. Algunas autoridades, religiosos y galenos se acercaron a las aun humeantes ruinas para buscar alguna explicación lógica de lo que había sucedido; sin embargo, quienes se atrevieron a recorrerlas,

²³ José Ramón Astorga (comp.), *Obras científicas y literarias del Ilmo. y Rmo. Sr. Don Rafael Valentín Valdivieso*, Santiago, Imprenta de Nuestra Señora de Lourdes, 1904, tomo III, 408.

²⁴ Cifuentes, *op. cit.*, 85.

²⁵ Carbonero, *op. cit.*, 138.

²⁶ Francisco Tocornal, “Relación médica de lo sucedido en el templo de la Compañía el 8 de diciembre de 1863”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXV, Santiago, 1864, 558.

²⁷ Astorga, *op. cit.*, 408.

²⁸ Carbonero, *op. cit.*, 144.

no encontraron más que “esqueletos carbonizados, arqueados en postura de correr hacia la puerta”.²⁹ Monseñor Mariano Casanova, quien fue uno de los primeros en recorrer el siniestrado recinto, reveló que la mayoría de los cuerpos estaban amontonados cerca de la puerta principal, formando una muralla “que tendría unos cuatro metros de ancho”.³⁰ En consecuencia, y dado que fue prácticamente imposible reconocer algún cadáver dentro de esta masa informe, las autoridades aceleraron el proceso de inhumación para evitar posibles infecciones debido a la descomposición de los mismos. Es por ello que, a las trece horas del miércoles 9 de diciembre comenzó la tarea de retirar los cuerpos del interior del templo y conducirlos al panteón general, donde cerca de doscientos sepultureros cavaban la fosa común que iba a guardar a las víctimas del incendio. Ahora, y ya que no habían suficientes carrozas para realizar el traslado de las víctimas, fue necesario recurrir a los carretones del aseo público y a los carros de la policía urbana para acelerar la tarea. Del mismo modo, y para evitar exponer la tétrica carga a la mirada de los cientos de deudos y curiosos que se agolparon en las calles intentado reconocer a algún familiar o amigo, se intentó cubrir dichos vehículos con todo lo que estaba al alcance, incluso se recurrió al uso de tierra y pasto, pero aun así esto no fue suficiente. De esta manera, muchas de las “ciento sesenta y cuatro carretas”³¹ que se emplearon en ese cortejo fúnebre fueron al descubierto.



Figura n.º 2: Traslado de los cuerpos al cementerio. Fuente: *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* (Nueva York), 6 de febrero de 1864, portada.

Acto seguido, cuando llegó el momento de depositar los cuerpos en la gran fosa que los aguardaba, algunas personas se precipitaron en aquel osario con la esperanza de encontrar a alguno de sus familiares. Sin embargo, y contra el deseo de la gran mayoría, “solo siete cuerpos pudieron ser reconocidos por sus deudos”.³² De esta manera, el día sábado 12 de diciembre de 1863, cuando concluyeron los trabajos de enterramiento, la improvisada tumba fue sellada con una lápida cuyo epitafio rezaba lo siguiente: “incendio de la Compañía. ¡Dos mil víctimas más o menos!”.³³

²⁹ *Idem.*

³⁰ Casanova, *op. cit.*, 47.

³¹ Anónimo, *Horrible incendio y gran catástrofe; acaecida el día 8 de Diciembre de 1863 en Santiago de Chile*, Barcelona, Imprenta de Juan Llorens, 1863, 2.

³² *El Ferrocarril* (Santiago), 12 de diciembre de 1863.

³³ Daniel Riquelme, *El incendio de la Iglesia de la Compañía*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893, 135.

Sobre la cifra oficial de personas fallecidas, tenemos que decir que tan difícil como la identificación de las víctimas resultó saber el número exacto de ellas. Los periódicos capitalinos, actores centrales de esta historia, comenzaron a publicar la nómina de muertos en base a la información que los deudos les entregaban a los redactores. Así, cada día a partir del jueves 10 de diciembre, salió un nuevo listado, se ratificaban errores, se entregaban datos de personas extraviadas y se publicaban algunos reconocimientos a quienes habían ayudado en el rescate de sobrevivientes. En este contexto, en *El Ferrocarril* –el primer matutino en publicar la estadística fúnebre– se imprimió lo siguiente:

“La realidad ha traspasado con mucho el límite de lo presumible; hasta ayer tarde [miércoles 9 de diciembre] se habían extraído de la Compañía más de mil seiscientos cadáveres, que agregados a los más de doscientos recogidos anteriormente forman un total de mil ochocientas víctimas. El número pasará de dos mil. ¡Desgracia horrenda que no creemos que haya tenido precedente en país alguno del universo!”³⁴

No estaban errados los editores de este desaparecido medio cuando alargaron esa increíble cifra, ya que a los cuerpos que fueron sacados del interior del templo –1719 según una de las últimas nóminas oficiales–³⁵ hay que sumar aquellos cadáveres que no pudieron formar parte de esa listado por estar “pulverizados” o “desmembrados”, y los restos mortales de aquellas mujeres que fueron sacadas agonizando de esa hoguera y murieron en casas vecinas o a los pocos días producto de las graves quemaduras. A este respecto, y para tener una idea del alto número de mujeres que falleció en esta condición, y que sin duda elevó aún más esa cantidad, se informó que en uno de los lujosos salones de la casa de los Goyenechea –una reconocida familia aristócrata– muchas de estas “salvadas” encontraron la muerte agonizando en silencio o en la desesperación de dolores atroces, también se refirió que en la acera del nuevo edificio del Congreso Nacional decenas de desdichadas fueron encontradas muertas con su cuerpo y su rostro carbonizado.³⁶

Por otra parte, conforme pasaron los días la población comenzó a ser consolada con la idea de que sus familiares, amigos y conocidos habían muerto, tal como lo demostró el médico encargado de determinar las causas de deceso de todas esas víctimas, con gran celeridad. Al menos, esta concepción de la calcinación fue la que comenzó a ser recurrida por los oradores sagrados en las múltiples y solemnes exequias que se celebraron en las distintas parroquias y capillas del país. Una de ellas, y quizás la más importante de todas, por reunir a las máximas autoridades políticas y eclesíásticas de la Nación, fue la que se desarrolló en la iglesia Catedral al cumplirse una semana del fatal accidente. En aquella jornada, monseñor Mariano Casanova pronunció una elocuente y sentida oración, en la que exhortó a todos los concursos a templar el dolor con los consuelos de la fe. Algunas partes de su texto fueron las siguientes:

Católicos! no pretendo yo agravar el peso de vuestro justo sentimiento, y menos intento pintaros los horrores de aquella noche cruel. Para vosotros, para mí vengo a buscar los consuelos de la religión, único consuelo verdadero [...] ¿En qué momento han perecido? Precisamente cuando los sentimientos de la piedad más tierna les llamaba a honrar su querida madre, la Virgen María [...] ¿Cómo se habían preparado para la muerte? [...] casi todas esas almas que hoy ya no existen en la tierra, se habían apresurado a confesar sus culpas con las más expresivas muestras de dolor [...] ¿En qué

³⁴ *El Ferrocarril* (Santiago), 10 de diciembre de 1863.

³⁵ *El Bien Público* (Santiago), 16 de diciembre de 1863.

³⁶ Riquelme, *op. cit.*, 96.

lugar murieron? Donde desearíamos todos dar nuestro último suspiro, en la casa del Señor, en el lugar sagrado, y en presencia del tabernáculo de su Dios.³⁷

Con estas sentidas palabras, los chilenos rindieron en último adiós a las víctimas del incendio de la iglesia de la Compañía, con el compromiso de no olvidar jamás el recuerdo de ese día y legar a “las generaciones venideras nuestro amor hacia vosotras”.³⁸ Dentro de este contexto, y obedeciendo a los “arranques de dolor” y a las primeras impresiones del momento, a los seis días del siniestro, un decreto supremo ordenó que se procediese a la demolición de las murallas del templo. Muchos de los que presionaron por la firma de ese documento, lo hicieron movidos por sino catastrofista que acompañó a la historia del “embrujado” recinto y por el rumor que decía que el clero pretendía reconstruirlo, una vez más, para así honrar la memoria de las víctimas. Seguramente, la pronta resolución del Ejecutivo sorprendió a todos aquellos que habían pregonado la idea de la demolición, ya que el mismo día de su publicación, lunes 14 de diciembre, los promotores de aquella medida habían convocado a la población para que “vestida de luto” se reunieran en el frontis del templo para iniciar una marcha hacia el palacio de gobierno con el fin de presionar al Presidente de la República para que ordenase de forma inmediata el derrumbe de los ennegrecidos muros. De esta manera, las cerca de dos mil personas que se dieron cita esa tarde se aprestaban a comenzar el desfile cuando se comunicó a la concurrencia el decreto que ordenaba la demolición. Por lo tanto, cuando las autoridades verificaron que en aquel sitio donde se levantó el templo de la Compañía no quedó piedra sobre piedra, dieron las indicaciones necesarias para convertir el lúgubre espacio en un lugar de recogimiento y oración.

II “La Dolorosa” y la “Inmaculada”: Los dos monumentos erigidos en memoria de las víctimas

Intentando borrar de la memoria colectiva las dantescas imágenes que describió el incendio, un grupo de vecinos se organizó con la intención de buscar la forma más adecuada de rendir un tributo permanente a aquellos mártires y sus familias. En este contexto, el empresario minero Francisco Ignacio Ossa hizo el siguiente llamado a la comunidad:

“¡Elevemos un monumento de eterna recordación a las desgraciadas víctimas! ¡Un monumento que despierte las simpatías de las edades venideras, cuyos votos se unirán a los nuestros en una cadena sin fin! Solicitemos del gobierno el terreno que ocupa la iglesia [...] Libres de escombros se formará un jardín, en cuyo centro se elevará un monumento de mármol blanco con inscripciones que recuerden el fatal suceso que todos justamente lloramos”.³⁹

Sin embargo, no todos fueron simpatizantes de la piadosa propuesta del señor Ossa. Los propietarios de las casas adyacentes al siniestrado inmueble se mostraron contrarios a ella por considerar que su eventual ejecución eternizaría el dolor de todos aquellos que tuvieron que lamentar la partida de algún ser querido. En este sentido, un vecino de nombre Francisco Aris, que en esta catástrofe perdió a once familiares, planteó que el homenaje se debía levantar en el lugar exacto donde fueron depositados los restos de las centenas de víctimas y rematar aquel

³⁷ Mariano Casanova, *Oración fúnebre que pronunció el presbítero Dr. D. Mariano Casanova: en las exequias celebradas el 16 de diciembre de 1863, en la Santa Iglesia Metropolitana, por las víctimas del incendio de la Compañía*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1864, 3-8.

³⁸ *Ibid*, 16.

³⁹ *El Ferrocarril* (Santiago), 10 de diciembre de 1863.

terreno para socorrer a todos aquellos huérfanos que exigían un pronto consuelo ya que así, según su parecer, “desaparecerá para siempre de la vista la forma de un lugar tan fatal en vez de esa insignia que se quiere allí fijar”.⁴⁰ Lo cierto es que desde la intendencia se dispuso, a través de un comunicado fechado el 15 de diciembre de 1863, la creación de varias comisiones que tendrían como objetivo promover las suscripciones necesarias para costear la talla que recordaría a las mortales víctimas del incendio. Al mismo tiempo, a través de esta ordenanza, se invitó a ingenieros y arquitectos a presentar sus propuestas en relación a la forma y manera de ejecutar dicho monumento.

El primer proyecto que se conoció fue el que envió desde París Francisco Rosales. Este diplomático chileno, propuso construir en una parte del terreno que ocupó la iglesia un subterráneo para depositar los restos de las víctimas, y sobre estas bóvedas: “se edificará inmediatamente una pequeña capilla conmemorativa, bajo la invocación de la Virgen de Dolores”.⁴¹ Por su parte, el intendente capitalino, Federico Errázuriz, estableció en julio de 1864 un aniversario en recuerdo de la mayor catástrofe más grande que haya sufrido el país en toda su historia, instituyendo un servicio de réquiem perpetuo en beneficio de las almas de las víctimas.⁴² Sin embargo, y a pesar de la piadosa iniciativa del señor Ossa, la generosa propuesta de Francisco Rosales y la altruista disposición de Errázuriz, la idea de erigir un monumento se congeló; incluso, luego de conmemorarse el primer aniversario con una solemne misa en la catedral, “cada uno se entregó a sí mismo, echando en olvido la funesta lección”.⁴³ En consecuencia, conforme pasaron los años esta crónica se fue desvaneciendo de las conciencias hasta caer en el más completo olvido; y lo que fue peor, el sitio donde pensaba construir el memorial a las víctimas del incendio se convirtió en un verdadero muladar.

Por fortuna, cuando Benjamín Vicuña Mackenna asumió el cargo de intendente de la capital planteó la urgente necesidad de crear un monumento expiatorio para recordar la catástrofe del 8 de diciembre de 1863. Para lograr su objetivo, el nuevo edil hizo un ferviente llamado a los deudos y amigos de las víctimas del incendio a aportar las erogaciones necesarias para costear la erección de la estatua “definitiva”, exponiéndoles que:

“Después de nueve años de un olvido que no puede estar a cargo de nadie sino de las circunstancias, es ya de sobra llegado el momento de cumplir con los antiguos votos de todos los corazones que albergan la tierna memoria del amor y de la consagración de los seres mártires y queridos que todos más o menos perdimos en aquel terrible transe.”⁴⁴

La idea que animaba al edil era que la elección del monumento se hiciera por medio de un jurado compuesto por los deudos de las víctimas y también por aquellos que más dinero hubieran aportado a la obra. Así, en la exposición de Artes e Industria que se celebró en septiembre de 1872 se presentaron siete estudios para la realización del memorial. Todos estos proyectos provenían de prestigiosas firmas europeas y sus valores fluctuaban entre los 24.000 y 55.000 francos.⁴⁵ Pues bien, a pesar de la acalorada discusión que se generó en torno al monumento, especialmente entre los que consideraban que ese acto de rehabilitación serviría

⁴⁰ *El Ferrocarril* (Santiago), 10 de diciembre de 1863.

⁴¹ Francisco Rosales, *A mis conciudadanos*, París, Imprenta Walder, 1864, 9.

⁴² Carlos Peña, *Santiago de siglo en siglo*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1944, 252.

⁴³ Antonio Iñiguez, *Páginas literarias. Miscelánea de composiciones: 1864-1874*, Valparaíso, Imprenta Colón, 1875, 148.

⁴⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, *Monumento expiatorio de la Compañía*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872, p. 3.

⁴⁵ *El Independiente* (Santiago), 14 de septiembre de 1872.

para recordar “la huella mortal del fanatismo”⁴⁶ y aquellos que entendían que la fijación de Vicuña Mackenna por dicha estatuaria iba en detrimento de los más desposeídos;⁴⁷ en unas pocas semanas se logró reunir la suma de 15.500 pesos para levantar el monumento recordatorio. En consecuencia, y gracias al generoso aporte del vecindario, al cumplirse exactamente diez años de la catástrofe, se pudo descubrir el severo monumento. El conjunto artístico, diseñado por el escultor francés Albert Carrier-Belleuze –artista de moda de aquellos años– y fundido por la prestigiosa firma Val d’Osne, fue bautizado como “la Dolorosa” y, junto con sus ángeles, representaban el miedo, la fe, el escrúpulo y la contradicción.⁴⁸ Según la prensa de la época, la talla, que fue erigida en el lugar exacto que ocupó el altar mayor de la siniestrada iglesia, representaba la imagen de una virgen con el cabello suelto y los brazos extendidos al cielo, y todo el conjunto “descansaba sobre una pequeña columna de mármol blanco sostenida por cuatro ángeles de bronce, que coronan un lindísimo zócalo, también de mármol blanco y que forma cuatro elegantes columnatas”.⁴⁹

Figura n.º 3: “La “Dolorosa”. *El Americano* (París), 14 de diciembre de 1873, portada.



⁴⁶ A este respecto, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos censuró el objetivo del intento por entender que la obra, además de devolverle al país “los monumentos coloniales que el tiempo benéfico enterró”, sería una burla para aquellos hombres y mujeres que habían logrado sobreponerse a ese doloroso recuerdo. *La Patria* (Valparaíso), 21 y 28 de octubre de 1872.

⁴⁷ Hernán Rodríguez, “El intendente Vicuña Mackenna”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n.º 95, Santiago, 1984, 146

⁴⁸ Roberto Hernández, “La estatuaria religiosa y eclesiástica en Santiago de Chile”, en *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile*, n.º 3, Santiago, 1984, 146.

⁴⁹ Alfredo Aliaga, “La historia del primer monumento a las víctimas del incendio de la Compañía”, en *En Viaje*, n.º 122, Santiago, 1943, 7.

Aprovechando aquella ocasión, el arzobispo de Santiago, monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, pronunció un discurso en el que destacó que “este acontecimiento no podría ser ya olvidado; está grabado en la memoria de todos y vivirá muchos siglos en el recuerdo de todos”.⁵⁰ Sin embargo, a los pocos días de haberse inaugurado la estatua un grupo de influyentes damas comenzó a demostrar su malestar por los gestos paganos e irreverentes de “la Dolorosa”. Los reclamos de las fieles, resumidos en lo macabro del color de la Virgen (bronce negro), en la expresión misma del monumento (que según sus detractoras imprecaba al cielo), y en la desnudez de sus seres alados, se fueron acumulando hasta que en 1883 las autoridades decidieron trasladar la figura con los ángeles desunidos al interior del cementerio general y colocarla sobre la fosa que contenía los restos de las víctimas.⁵¹ En su reemplazo, en se instaló, en 1900, una “Inmaculada” de mármol de Carrara que, a diferencia de la figura anterior, tiene sus manos juntas en actitud de mística oración. La estatua de esta última Virgen, diseñada por el escultor italiano Ignazio Jacometti,⁵² fue costeada casi en su totalidad por Carmen Ossa quien, según la interpretación de monseñor Rodolfo Vergara, con su munificencia ayudó a colmar los deseos de quienes pensaban que un solo monumento religioso podría ocupar dignamente el recinto santificado por el martirio de tantas almas.⁵³ Así pues, “la Inmaculada” o “Virgen Orante” como también se conoce a este segundo monumento, adquirió ese sello de serenidad y recogimiento; y los cuatro ángeles que la acompañan, le dieron al conjunto artístico la paz deseada. Esta nueva obra ocupó la base y la columna del monumento de Carrier-Belleuze, y sus realizadores también conservaron los pequeños querubines de bronce de la obra original. Bajo uno de ellos aún se pudo leer una inscripción de la primera estatua, la cual reza en letras mayúsculas lo siguiente: “a la memoria de las víctimas inmoladas por el fuego el VIII de Diciembre de MDCCCLXIII. El amor y el duelo inextinguible del pueblo de Santiago. Diciembre VIII de MDCCCLXXIII”.



Figura n.º 4: “La Inmaculada”. Estado actual del sitio que ocupó la iglesia de la Compañía de Jesús. Fuente: *Breve descripción de la República de Chile*, Leipzig, Imprenta de F.A. Brockhaus, 1903, 93.

⁵⁰ José Ignacio Eyzaguirre, *Discurso pronunciado en la inauguración del monumento conmemorativo del incendio de la Compañía*, Santiago, Imprenta Andrés Bello, 1873, 19.

⁵¹ Hernández, *op. cit.*, 146.

⁵² Liisa Voionmaa, *Escultura pública. Del monumento conmemorativo a la escultura urbana*, Santiago, Ocho Libros Editores, 2005, 114.

⁵³ Vergara, *op. cit.*, 261.

Por lo tanto, el conjunto de Carrier-Belleuze quedó repartido en dos monumentos: una parte (el zócalo y la columna) en los jardines del ex Congreso Nacional, sosteniendo la obra diseñada por Jacometti y ejecutada por Blanco; y la otra, "la Dolorosa" y sus ángeles, que se encontraba pérdida en el follaje del Cementerio General. Sin embargo, y gracias a la iniciativa del escultor Alberto Ried, en 1928 cuando concluyeron los trabajos de limpieza y remodelación de la fachada del panteón general, esta última talla quedó expuesta en forma definitiva en la plaza que enfrenta la entrada principal de aquel camposanto,⁵⁴ orientando su mirada en dirección al lugar de los sucesos que motivaron su ejecución.

Finalmente, y producto de la polémica surgida en torno al diseño del acto expiatorio, son dos las estatuas de María Santísima las que nos traen a la memoria unas de las catástrofes más espantosas que ha experimentado el pueblo chileno, y que nosotros, a través de estas páginas, nos propusimos recrear para honrar la memoria de esas mujeres, hijas de María, que un día 8 de diciembre fueron a celebrar una función sin saber jamás que esa actividad las llevaría directo al cielo.

Bibliografía y fuentes

Bibliografía

- Aliaga, Alfredo. "La historia del primer monumento a las víctimas del incendio de la Compañía". *En Viaje*, 122 (1946): 6-7.
- Allende, Juan Rafael. *Poesías populares de "El Pequeño"*. Santiago: Imprenta de Meza hnos., 1911.
- Anónimo. *Horrible incendio y gran catástrofe; acaecida el día 8 de Diciembre de 1863 en Santiago de Chile*. Barcelona: Imprenta de Juan Llorens, 1863.
- Astorga, J. José Ramón Astorga (comp.). *Obras científicas y literarias del Ilmo. y Rmo. Sr. Don Rafael Valentín Valdivieso*, tomo III.. Santiago: Imprenta de Nuestra Señora de Lourdes, 1904.
- Barros, Martina. *Recuerdos de mi vida*. Santiago: Editorial Orbe, 1942.
- Blanco, Arturo. "Juan Rafael Allende". *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 55 (1935): 171-196.
- Breve descripción de la República de Chile*. Leipzig: Imprenta de F.A. Brockhaus, 1903.
- Carbonero, León. "Espantosa catástrofe". *La Cruz, revista religiosa de España y demás países católicos*, 1 (1864): 137-145.
- Casanova, Mariano. *Historia del templo de Compañía de Santiago de Chile y de su incendio acaecido el 8 de diciembre de 1863*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio de Tornero y Letelier, 1871.
- Casanova, Mariano. *Oración fúnebre que pronunció el presbítero Dr. D. Mariano Casanova: en las exequias celebradas el 16 de diciembre de 1863, en la Santa Iglesia Metropolitana, por las víctimas del incendio de la Compañía*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1864.
- Cifuentes. Abdón. *Memorias*, tomo I. Santiago: Editorial Nacimiento, 1936.
- Eyzaguirre, José Ignacio. *Discurso pronunciado en la inauguración del monumento conmemorativo del incendio de la Compañía*. Santiago: Imprenta Andrés Bello, 1873.
- Ezquerria, Nicasio. *Resumen histórico del gran incendio de la Compañía*. Valparaíso: Imprenta de Chile de Antonio Monticelli, 1863.
- Ferreiro, Jaime. *La leyenda de las once mil vírgenes. Sus reliquias, culto e iconografía*. Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1991.
- Godoy, Hernán. *Ignacio Domeyko, un testigo de su tiempo: memorias y correspondencia*. Santiago: Editorial Universitaria, 1994.
- Hanisch, Walter. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile: (1593-1955)*. Santiago: Editorial Francisco de Aguirre, 1971.
- Hernández, Roberto. "La estatuaria religiosa y eclesiástica en Santiago de Chile". *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile*, 3, (1985): 193-201.

⁵⁴ Marco Antonio León, *Sepultura sagrada, tumba profana: los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932*, Santiago, DIBAM, 1997, 94.

- Iñiguez, Antonio. *Páginas literarias. Miscelánea de composiciones: 1864-1874*. Valparaíso, Chile: Imprenta Colón, 1875.
- León, Marco Antonio. *Sepultura sagrada, tumba profana: los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932*. Santiago: DIBAM, 1997.
- Ovalle, Alonso de. *Histórica relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que exercita en el la Compañía de Jesús*. Roma: Francisco Cavallo, 1646.
- Peña, Carlos. *Santiago de siglo en siglo*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1944.
- Riquelme, Daniel. *El incendio de la Iglesia de la Compañía*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1893.
- Rodríguez, Hernán. "El intendente Vicuña Mackenna". *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 95 (1984):140-161.
- Rosales, Francisco. *A mis conciudadanos*. París: Imprenta Walder.
- Serrano, Sol. "El poder de la obediencia: religiosas modernas en la sociedad chilena del siglo XIX". *Las mujeres en la construcción de las sociedades iberoamericana*, coordinador Pilar Gonzalbo,. Sevilla: CSIC, 2004: 295-314.
- Subercaseaux, Ramón. *Memorias de cincuenta años*. Santiago: Imprenta y Litografía Barcelona, 1908.
- Tocornal, Francisco. "Relación médica de lo sucedido en el templo de la Compañía el 8 de diciembre de 1863". *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXV (1864): 556-559.
- Vergara, Rodolfo. *Vida i obras del ilustrísimo i reverendísimo señor doctor don Rafael Valentín Valdivieso, segundo arzobispo de Santiago de Chile*, tomo II. Santiago: Imprenta y Encuadernación Chilena de Nicasio Ezquerria, 1906.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *Monumento expiatorio de la Compañía*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *Relación del incendio de la Compañía acaecido el 8 de diciembre de 1863*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1864.
- Voionmaa, Liisa. *Escultura pública. Del monumento conmemorativo a la escultura urbana*. Santiago: Ocho Libros Editores, 2005.

Periódicos

- El Americano* (París), 14 de diciembre de 1873.
- El Bien Público* (Santiago), 16 de diciembre de 1863.
- El Ferrocarril* (Santiago), 9, 10, 12 y 16 de diciembre de 1863.
- El Independiente* (Santiago), 14 de septiembre de 1872.
- Frank Leslie's Illustrated Newspaper* (Nueva York), 6 de febrero de 1864.
- La Patria* (Valparaíso), 21 y 28 de octubre de 1872.